



Paulo Leminski
Vida: cruz e souza/bashô/jesús/trotski
Traducción de Joaquín Correa
Mar del Plata
Puente Aéreo Ediciones
2015
504 páginas

Hernán Morales¹

Los leminskis

Son cuatro modos de cómo la vida se puede manifestar: la vida de un gran poeta negro de Santa Catarina, simbolista, que se llamó Cruz e Sousa; Bashô, un japonés que abandonó la clase samurái para dedicarse a la poesía y es considerado el padre del haiku. Jesús, profeta judío que propuso un mensaje que está vivo dos mil años después; Trotski, el político, el militar, el ideólogo que al lado de Lenin realizó la gran Revolución, porque transformó profundamente la sociedad de los hombres.
Paulo Leminski

Dicen que la aparición de *Nossa Senhora da Luz* reveló sus secretos al cacique

Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.
Vivo ya fuera de mí,
después que muero de amor;
porque vivo en el Señor,
que me quiso para sí:
cuando el corazón le di
puso en él este letrado,
que muero porque no muero.
Santa Teresa de Jesús

Tindiquera una mañana de esos crueles
tiempos en que América, herida por la
espada, la cruz y el cañón, impulsaba su

¹ Profesor en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Mail de contacto: hhjmorales@gmail.com

efímera resistencia. Del reflejo engeguecedor de esa luz, a la vera del río Iguazú, brotó un árbol que dio origen, según cuentan, a la ciudad que los mismos dueños de la tierra llamaron Curitiba para nombrar “el lugar donde” nace la semilla, la luz. Parece que la ciudad nació de esa experiencia mística, resplandor que abrigó a vencedores y vencidos. Siglos más tarde, un 24 de agosto de 1944, mientras Europa avizoraba el fin de la guerra, en la misma ciudad bañada por el reflejo de aquella imagen, nace otra luz engeguecedora, Paulo Leminski, quien comprendió la experiencia poética como una visión trascendental porque “la vida se entiende a través de la poesía, la gente necesita la poesía”, como dijera en alguna entrevista, de ahí su misión heroica, santificadora.

Amigo de Augusto de Campos, Décio Pignatari y Haroldo de Campos, funda una voz poética disonante que desplaza la palabra hacia el gesto revolucionario y subversivo, como autofiguración de un escritor que, desde el concretismo, explora las posibilidades del lenguaje, convirtiéndose –como dirían los brasileños– en un Rimbaud curitibano y con ello, mira el mundo. Joaquín Correa en su impecable traducción de *Vida* sostiene que Leminski allí sutura las vidas de Cruz e Sousa, Bashô, Jesús y Trotski en clave hagiográfica para hablar, desde esos “santos de la Revolución”, de la propia concepción de la palabra como un gesto político desestabilizador que, tal como Leminski deja ver en *Ervilha da fantasia* (1985), lo vuelve un héroe. Una revolución visibilizadora del gesto santificador humano que lo conecta a la tradición y también –por qué no– a la quimera de esa luz fundadora que engeguenció a los antiguos pobladores.

Vida agrupa los escritos que Leminski puso en circulación durante la década del ‘80 y que fueron reunidos en un único libro en 1990 por la Editora Saraiva y luego repaginado por Companhia das Letras. La edición en español ha tenido la sutileza de conservar la estética de aquellas en su portada, colores y figuras.² Las 502 páginas que conforman el espeso volumen traen a escena cuatro biografías que, bajo lo que menciona el traductor en el prólogo, funcionan como diversos modos de entender lo vivo, formas de referir a los múltiples Leminskis que al mismo tiempo fueron el itinerario biográfico configurador para autopersuadirse y pensar la vida, entendida ésta como una manifestación. Así, en las cuatro formas de manifestar-se la vida (sus modélicas voces) la palabra es lo que acerca y fusiona a cuatro héroes que hicieron de sus discursos sus proyecciones. Son figuras múltiples que remiten a los entrelugares del brasileño: poesía, novela, traducción, agitación cultural, crítica, ensayos y figuración de culto. Será por ese movimiento inquieto que sus textualidades reavivan la llama de lo indefinible, a veces es “lo uno” y por momentos aparentemente “un otro” que atrapa a sus lectores en esa forma mística del decir. Agitar reglas para modificar la lengua, deambular por extrañas simbologías, hibridizar géneros, como una búsqueda constante que es la exploración de la poesía, la aprehensión de lo que se encuentra más allá de lo físico, por eso la relación con las experiencias místicas.

Vida es eso, es un modo de resumir su visión inquieta que sometió la cultura occidental y oriental al más fino análisis para desentrañar, de ahí la obsesión peirceana en su metafísica, el

² Para evitar confusiones, aclaramos que el apellido de Cruz de Sousa va con “s” y subsanamos así los

errores de tapa y de página 29, sin dudas, involuntarios.

conocimiento que es un modo de mirar y mirar-se. Por eso aparece Jesús y subraya que en la biografía está el modo de entender una palabra viva por milenios y que todavía necesita ser descifrada como si de un código se tratase. En general, entender lo borroso de esas “manifestaciones” que aparecen y se evaporan; esos “aparecidos” que, dice Ana Pizarro cuando recorre con su pluma la Amazonía consumida por nuevas colonizaciones, trazan los puentes para entender el mundo.

La primera manifestación es el periodista y poeta simbolista brasileño João da Cruz e Sousa, quien Antônio Cândido considerara como el único escritor eminentemente negro en un mundo de mestizos dentro del campo literario de fines del XIX en Brasil, y al que Leminski seguramente se acercó por alegorizar su propio linaje mestizo (hijo de la América negra y Europa). En los apartados que forman parte del itinerario biográfico de Cruz e Sousa (*el negro blanco, cruz e souza blues, blues & souza, miseria ropa de satén, Lehrjahren, Sin (zala), De la senzala al mostrador, Eco del poeta en cuanto apuntador, Lenguaje en erección: el sexo en la poesía de cruz e souza, Significado del símbolo, El símbolo en Brasil, Cruz e souza y su orquesta, ¡Ah! ¡vida! ¡vida! ¡vida! Incendiada tragedia (mi hijo), Trayectoria*), Leminski recupera las contracciones híbridas que fundan los desplazamientos poéticos y le otorgan singularidad a los textos. Arriba a la complejidad de los símbolos, en clave peirceana y saussureana, como una irradiación en la escritura de las múltiples identidades que son los diversos brasileños.

La figura predominante, en la poesía de Cruz e Sousa, no es la aliteración, ni la armonía imitativa, onomatopeya de los

sentimientos, ni la escolalia. Es el *anagrama*.

Palabras bajo palabras: el fonotropismo de Cruz e Sousa.

Quine dice *anagrama*, dice Saussure.

En *Las palabras bajo las palabras: los anagramas de Ferdinand de Saussure* (Perspectiva, 1974), Starobinski acompaña la última y más abismal aventura intelectual del gran maestro de la lingüística moderna. Aquella que lo llevó a buscar palabras bajo las palabras, en la poesía griega, latina, védica y gótica (97).

La segunda manifestación de la vida la encarna el haiku, la filosofía zen, la poesía japonesa en relación con el mundo occidental desde la figura del poeta y pensador japonés Bashô. Elige hacer un trayecto biográfico atravesando estaciones, primavera (*Haru*), verano (*Nátsu*), otoño (*Áki*) e invierno (*Fuyú*), para trazar un tejido entre la cultura clásica, *Diógenes y el zen*, brasileña, los samuráis y la filosofía. Por momentos se para a observar el paisaje de los textos como alegoría a la contemplación en una atmósfera que transporta a Oriente:

Los antiguos discutían si el cinismo era doctrina filosófica o modo de vida.

Esto es: palabras o no palabras.

La filosofía, sea lo que sea, son *palabras*, en tanto portadoras de conceptos. No solo las palabras, sin embargo, pueden generar conceptos.

Las imágenes, los gestos, las actitudes, las situaciones materiales, también pueden significar, conceptualmente.

De todas las convergencias y tangencias entre el cinismo griego y el zen sinonipónés, esta es la más visible: son conciencia alcanzada *sin palabras* (175).

La tercera manifestación es la de Jesús, la que Leminski humaniza y

transforma en poeta desde la figuración como signo no solo del cristianismo sino de la revolución. Como una crónica policial convierte la invasión en el templo, la lengua poética, la infancia y la adolescencia, el Jesús macho-hembra, el Jesús jacobino en actos revolucionarios que sostienen la experiencia poética (*El profeta en su tierra, No solo de pan, La voz gritando en el desierto, La escritura crística, Cuánto cuesta Jesús, Jesús macho y hembra*). Las parábolas (*Parabolario*) se recuperan como la producción poética de Jesús y son analizadas con rigor y en clave literaria. Abreva desde la tensión entre ficción y especulación histórica a una posible cronología (*En aquel tiempo*) sobre el final del apartado.

Jesús con 30 años: Jesús reaparece bruscamente en escena, entrando en acción, en contacto con Juan, el Bautista, su gurú.

Jesús comienza a clamar el advenimiento del Reino de Dios con las exactas palabras de Juan, que lo bautizó.

Jesús con 33 años: preso, bajo la acusación de agitar a las masas y pretender el Reino, Jesús es torturado y ejecutado por la autoridad romana, mancomunada con la aristocracia sacerdotal de Jerusalén.

De 70 a 100: cristalización textual de los evangelios, proliferación de evangelios apócrifos (316).

Finalmente, la cuarta manifestación comprende la vida de uno de los políticos e ideólogos más destacados del siglo XX, Trotski, y que parece entronizar una figura central para la

visión poética de Leminski. En un debate entre pasión y revolución el biógrafo sugiere leer otros textos para entender la historia, por ejemplo, leer a Dostoievski, *Los hermanos Karamazov*, recurrir a ciertos personajes y definir a Trotski en oposición a Lenin y Stalin para contar la revolución. Por eso aparecen actores en escena para hablar de *La chispa*, de ese *Octubre*, de *La gran guerra*, *El Poder*, *La paz y la guerra civil*, *¿El fin?: Aliocha, Iván, Dmitri, Stalin*.

La guerra es el momento en que la humanidad se rige solo por las leyes de la física. Frente a Stalin, no solo entran en colapso todas nuestras categorías éticas y jurídicas. En colapso, entran también nuestro sentido y noción del tamaño del papel que un hombre puede desempeñar en la historia (425).

Como dice Correa en la introducción para sintetizar al brasileño, en ese “soy el que no ha de morir” hay una forma de eternizarse: la de Leminski en cuatro vidas que son cuatro formas de manifestar-se la Vida, en definitiva, cuatro formas de emerger el impulso poético como una santificación heroica.

Referencias bibliográficas

- Pizarro, Ana (2012). *Amazonía. El río tiene voces*. Santiago: Fondo de Cultura Económica Chile.
- Santa Teresa de Jesús (1957). *Obras completas*. Madrid: Aguilar.
- Wachowicz, Ruy (2002). *História do Paraná*. Curitiba: Imprensa Oficial do Paraná.